

Intersubjetividad y lenguaje en la Terapia Gestalt:

hacia una revalorización clínica del fenómeno lingüístico

Diego G. Brandolín

A pesar de la centralidad del lenguaje en la experiencia humana, su abordaje conceptual dentro de la Terapia Gestalt ha sido históricamente poco representativo. Este trabajo propone una revisión crítica de dicha situación, indagando en las posibles causas de la relegación del lenguaje como objeto teórico en el enfoque gestáltico. Se analizan las tensiones históricas con el psicoanálisis, la centralidad del cuerpo y la emoción en el enfoque, y las características de los enfoques relacionales dialogales. Desde una perspectiva fenomenológica y de campo, se plantea que el lenguaje constituye una dimensión constitutiva del contacto, que no solo vehiculiza la experiencia, sino que la configura y transforma. El artículo propone pensar el lenguaje como espacio de frontera y herramienta intersubjetiva en la clínica, sugiriendo líneas futuras para su integración sistemática en la teoría y práctica de la Terapia Gestalt.

Introducción: una ausencia significativa

El capítulo relacionado al estudio del lenguaje en nuestra Terapia Gestalt ha resultado, sorprendentemente, bastante desatendido. Si repasamos la literatura existente, al menos la de difusión masiva a través de obras y volúmenes publicados por figuras relevantes del enfoque, encontramos pruebas de esta carencia. Hay múltiples aportaciones que profundizan en la teoría del *self*, el contacto, los mecanismos de defensa, la experiencia corporal, la presencia terapéutica y su modulación en la tarea clínica, entre otros ejes esenciales. Sin embargo, cuando se trata de desarrollar un abordaje conceptual claro y sistemático acerca del fenómeno del lenguaje en el campo clínico gestáltico, la bibliografía se torna escasa o lateral.

La sorpresa radica en que, si algo caracteriza nuestra experiencia como humanos, es que se encuentra ineludiblemente bañada

por el universo del lenguaje. Como es sabido, se han desarrollado disciplinas específicas como la lingüística, la filosofía del lenguaje, la semiótica y la pragmática de la comunicación para explorar la estructura, funciones y consecuencias de esta construcción humana absolutamente singular. Y en el campo de la Salud Mental, diversas escuelas de psicoterapia —el Psicoanálisis, algunos modelos de Terapia Cognitiva, la Terapia Narrativa, entre otras—, han incluido extensas reflexiones y marcos teóricos robustos respecto al papel que cumple el lenguaje en la constitución del sujeto y en los procesos terapéuticos.

No obstante, en nuestro modelo clínico atestiguamos lo que parece ser, a simple vista, una relativa carencia de frondosidad en las reflexiones teóricas e indagaciones prácticas al respecto. Esta ausencia contrasta con la riqueza de aportes que el enfoque gestáltico ha realizado en torno a otras manifestaciones humanas, como la vivencia emocional, la experiencia enraizada en la corporalidad y

la presencia, entre otros ejes donde se ha desarrollado con solidez y creatividad.

Una hipótesis plausible se esboza al arrojar una mirada histórica crítica. Podría ser que, tratándose nuestra Terapia Gestalt de un modelo que originalmente se desprendió del Psicoanálisis, el movimiento de diferenciación necesario para construir una identidad disciplinar propia nos haya llevado a minimizar o incluso despreciar la cuestión del lenguaje. En las obras fundacionales del enfoque (Perls, 1975; Perls, Hefferline y Goodman, 2002; Perls, 1999) aparecen continuas alusiones a este proceso de distinción crítica del modelo gestáltico con relación al pensamiento freudiano. La Terapia Gestalt surge en gran parte como una crítica a los excesos interpretativos y a la visión excesivamente intelectualizante del psicoanálisis ortodoxo, privilegiando en cambio la experiencia inmediata, el *awareness* sustanciado en el aquí y ahora, la emoción y la acción.

Este gesto fundacional de oposición pudo haber arrastrado consigo una tendencia a relegar el lenguaje a un lugar secundario, en tanto portador de racionalización y evasión de la experiencia directa transformadora. Se consolidó así, al menos en los primeros tiempos del desarrollo de nuestra disciplina, una preferencia por la expresión emocional, el trabajo corporal y el contacto inmediato con la situación, bajo la premisa de que lo dicho muchas veces no refleja el sentir, e incluso puede ocultarlo.

Perls, Hefferline y Goodman, en su obra *Terapia Gestalt: Excitación y crecimiento de la personalidad humana*, ponen de manifiesto una profunda valoración por lo vivencial y lo fenomenológico, aunque por ello no dejan de reconocer el papel crucial del lenguaje: «Entre los desarrollos de la humanidad, el lenguaje es un desarrollo que reviste una importancia especial y merece un capítulo aparte» (2002, p. 123). Sin embargo, a lo largo

de toda la obra no se entregan a esa tarea de forma consistente, salvo para caracterizar al habla como un acto de representación, que puede resultar ajustada y creativa o francamente disipatoria. También abordan un apartado de discusión de la técnica de asociación libre psicoanalítica como asunto relacionado con la cuestión que nos interesa. No obstante, en esas pinceladas señalan un camino de desarrollo potencial de teorización sobre el lenguaje, con valentía, cuya invitación no ha sido retomada sistemáticamente.

La palabra relegada: tensiones en la tradición gestáltica

En la literatura gestáltica clásica se afirma, desde diferentes autores, la idea de que las emociones y, especialmente, el cuerpo, parecen ser vehículos de expresión más fiables y genuinos que la palabra. Perls (1999) solía subrayar que las palabras son a menudo máscaras, recursos defensivos con los que las personas se protegen de la vivencia plena. En su práctica clínica, era habitual que interrumpiera a los pacientes para poner atención al cuerpo o a la emoción que acompañaban —o contradecían— lo dicho. Sin embargo, esta posición, por comprensible que sea dentro del marco de una terapia experiencial, puede derivar en una simplificación del lenguaje, reduciéndolo a un simple instrumento manipulatorio en lugar de considerarlo como un fenómeno complejo, constitutivo de la subjetividad, y poderoso en términos performativos, relacionales y epistémicos.

Y es que la palabra no es solamente una forma de evitar el contacto; también puede ser una vía privilegiada para producirlo. No se trata de contraponer el lenguaje al cuerpo, sino de reconocer la continuidad profunda entre lo que decimos, lo que sentimos, lo que

pensamos y lo que hacemos. Ese espíritu también es formulado por el mismo Perls, entre otros, cuando aborda la perspectiva holística del enfoque gestáltico. Dicho de otro modo, el desafío que afrontamos es el de reintroducir el lenguaje como fenómeno encarnado, situado, relacional y performativo; y trazar un panorama más claro y detallado de la manera en que el lenguaje se relaciona con las demás áreas de expresión humana, como el cuerpo vivo, la emoción y el movimiento.

No obstante, esta tendencia a esquivar la teorización sobre el lenguaje, es justo reconocer que otras variadas fuentes gestálticas también calificables como fundamentales han realizado aportes, que pueden ser considerados para distinguir el panorama general con el que nos encontramos hoy acerca de la problemática. Se ha trabajado la perspectiva de la terapia como relación dialogal, otorgándole mayor consistencia al rol de la palabra, la conversación y su impacto en los procesos terapéuticos. Yontef (2009), por ejemplo, desarrolla con claridad el papel del lenguaje como vehículo del encuentro. En su concepción, la terapia es un proceso co-creativo en el que ambos participantes —terapeuta y paciente— se implican mutuamente en un diálogo genuino. No es simplemente el terapeuta interpretando o guiando; es un Yo-Tú, una relación viva donde la palabra media y constituye el campo compartido, evocando los posicionamientos filosóficos de pensadores como Buber o Levinas.

En otro sentido, Wheeler (2005) parece bordear la cuestión del lenguaje cuando relaciona la perspectiva gestáltica con los aportes epistemológicos del Constructivismo. En su obra, se pone el énfasis en la subjetividad humana como organizadora incesante de la experiencia, proceso que se sustancia en la elaboración permanente de significados. Naturalmente, el lenguaje pare-

ce ocupar un lugar en estos fenómenos de significación, aunque este aspecto no parece haber sido desarrollado en el su trabajo. También Robine (2006) señala el lugar de centralidad del lenguaje en la elaboración de lo que llamamos *realidad*, apelando a las lecturas filosóficas sobre la cuestión expresadas por variados autores de renombre, destacando entre ellos a Wittgenstein. Finalmente, Spagnuolo-Lobb (2013) se ocupa del relato como acto creativo, como fenómeno relacional y de campo, en el que las palabras se ocupan de dar forma a la experiencia.

Sin embargo, y al menos desde mi lectura, estos abordajes no terminan de definir con profundidad un lugar específico del fenómeno del lenguaje en el campo clínico. Es decir, no se ofrece una teoría gestáltica del lenguaje como dimensión fundante de la experiencia y del contacto, ni se desarrolla una fenomenología propia de lo lingüístico en el proceso terapéutico.

Frontera de contacto, subjetividad y lenguaje

El concepto de frontera de contacto y la comprensión del desarrollo de la subjetividad como fenómeno emergente y relacional en ella, son seguramente dos de las grandes novedades que la Terapia Gestalt ha aportado al campo de las psicoterapias en el siglo XX y en lo que va del XXI. Esta noción —que remite a la frontera móvil, viva y creativa donde se encuentran organismo y entorno como escenario del *self*—, constituye el eje alrededor del cual se organiza gran parte del pensamiento gestáltico.

Los estudios que se han elaborado en relación con la investigación y construcción de hipótesis teóricas respecto a la manera en que los seres humanos desarrollamos nuestras formas de estar presentes en la frontera

de contacto, se han centrado en múltiples factores: la atención, la emoción, la corporalidad, el contacto, la relación, el *self* y sus funciones, entre otros. Aunque, como se ha dicho, el problema del lenguaje no ha sido ahondado. Y no se trata solo de preguntarse qué se dice, cómo se dice, en qué contexto, con qué efectos, y de qué manera lo dicho constituye una figura emergente que organiza la experiencia. Todo ello ha sido señalado, en mayor o menor medida, en las fuentes consultadas. El lenguaje aparece aquí y allá, esbozado por momentos, incluido en la descripción de ciertas operaciones fenoménicas que describen la experiencia relacional humana. Pero sigue faltando la lupa puesta en distinguir los detalles de una caracterización conceptual específica para su rol en esos procesos.

Por otra parte, la comunidad gestáltica se encuentra en franca expansión a nivel mundial, y cada vez más son las y los colegas interesados en investigar, producir conocimiento científico y reflexiones teóricas que engrosen nuestro corpus conceptual. Este movimiento de ampliación epistemológica es esperanzador, ya que nos permite revisar nuestras certezas y abrirnos a nuevas formas de comprender lo humano. Por ello, es altamente probable que mis comentarios hasta aquí resulten injustos, pues pueden existir diversas aportaciones en la perspectiva de clarificar el rol del lenguaje en la experiencia humana desde nuestro enfoque, que simplemente no han llegado a mi conocimiento. Tomando ese riesgo, y reconociendo los límites de mi perspectiva, avanzaré en proponer algunas ideas surgidas de mi propia experiencia, y del intercambio fructífero con colegas en diversos espacios académicos de investigación, análisis y reflexión sobre nuestra disciplina.

Como se dijo anteriormente, uno de los aportes cruciales de la epistemología gestál-

tica en relación con la subjetividad humana es la elaboración de la noción de frontera de contacto. Este concepto ha sido profusamente explorado, ampliado y trabajado desde diversas aristas: desde su dimensión fenomenológica hasta sus implicancias clínicas. Asociados a él, otros conceptos —como contacto, ajuste creativo, dominios de contacto, autorregulación orgánica, entre otros— han sido desarrollados con claridad por autores clásicos y contemporáneos.

En todas esas contribuciones se reconoce que el contacto no es una acción puntual ni una condición fija, sino una experiencia activa, relacional, que acontece en el límite siempre móvil en un campo dinámico, al que definimos como situación. Desde mi perspectiva, resulta fundamental reparar en que todos los procesos que los seres humanos desarrollamos para estar presentes en la frontera de contacto están imbuidos de lenguaje aun desde antes de que dominemos esta compleja praxis. Incluso en sus formas más embrionarias, preverbal o prerreflexiva, nuestra presencia en el mundo está mediata por formas de simbolización, anticipación, representación y resonancia que encuentran en el lenguaje un medio privilegiado de expresión y co-construcción.

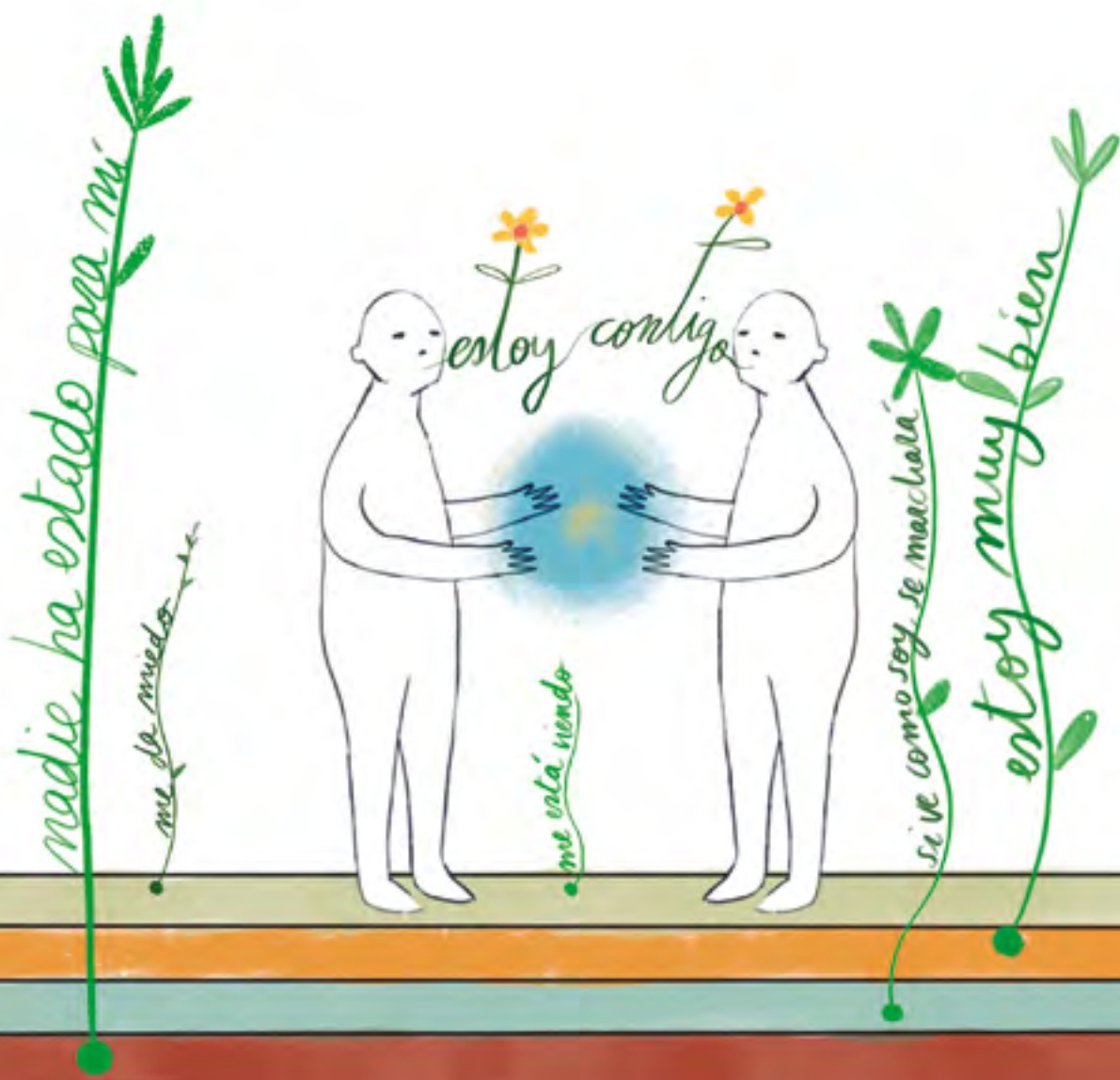
Podemos arriesgarnos a afirmar, entonces, que el lenguaje recibiría un trato injusto si lo calificamos meramente como un medio para describir o nombrar lo que ocurre en la frontera de contacto, o como un revoque fino que permite terminar de formatear la experiencia. El lenguaje participa activamente en la constitución de esa experiencia. La palabra dicha, el tono con el que se pronuncia, la metáfora que se elige, la pausa que se hace o se evita, el ritmo de la frase, la ambigüedad de una expresión o el pleno impacto de sentido con el que una expresión golpea el pecho... todo ello configura no solo lo que tiene simple valor comunicativo, sino lo que se

constituye como figura en ese instante fenomenológico.

Entre otros efectos que produce este estado de cosas, se puede señalar el valor del lenguaje como dimensión generativa, tema que ha sido tratado por otros modelos psicoterapéuticos desde diferentes perspectivas epistemológicas. Por ejemplo, desde su Terapia Narrativa, White y Epston (1993) se plantean que las personas *viven* sus historias y que estas historias se construyen —y pue-

den ser reconstruidas— a través del lenguaje. En otras palabras, el lenguaje no es solo el medio con el cual relatamos la experiencia: es el terreno mismo en el que la experiencia adquiere forma y sentido. De modo similar, el enfoque cognitivo-posracionalista propuesto por Guidano (1994) pone el acento en cómo las estructuras narrativas y lingüísticas organizan la identidad del sujeto. Desde esta visión, el lenguaje no solo comunica una ex-

El lenguaje participa activamente en la constitución de la experiencia.



perencia previa, sino que participa en su constitución, la estabiliza o la transforma.

En el marco de la Terapia Gestalt, aunque con menor sistematicidad, también encontramos indicios de esta mirada generativa del lenguaje. Cuando se trabaja con los diálogos internos, por ejemplo, se invita al paciente a poner voz a partes escindidas de la personalidad, lo cual implica un acto creativo y lingüístico que permite la emergencia de nuevas figuras y la consecuente elaboración de significados distintos.

También cuando se usa la técnica de la silla vacía, o se explora el uso de la primera persona del singular, se está convocando un lenguaje que no es solo vehículo de expresión, sino condición de posibilidad de una experiencia transformadora. Tal vez necesitamos terminar de recolectar elementos reflexivos para sumar a lo que tenemos, a fin de sostener que el lenguaje, lejos de ser un simple código de transmisión de información, actúa como una dimensión constitutiva y performativa de la experiencia humana, especialmente en el terreno clínico. La manera en que algo se dice puede modificar radicalmente lo que se siente; del mismo modo, cambiar las palabras con las que se nombra una situación puede modificar la relación del sujeto con ella.

Una idea que deseo subrayar con fuerza es que la habilidad de habitar el lenguaje nos permite elaborar significados para nuestras experiencias encarnadas. Estos significados no son únicamente elaboraciones cognitivas abstractas, sino estructuras vividas, cargadas de afecto, historia y resonancia. Los significados son actores fundamentales en la frontera de contacto, pues no solamente organizan las figuras de interés y delimitan la relación entre el sujeto y el mundo, sino que además son un puente relacional. En este sentido, el lenguaje no solo nombra lo vivido, también lo transforma. Cuando un paciente

pone en palabras un sufrimiento, está reconfigurando su vivencia, otorgándole forma, dirección y sentido. Está trazando un mapa de su experiencia que puede ser compartido, convalidado o interrogado por el otro. Así, el lenguaje funciona como una herramienta de co-construcción intersubjetiva.

Es aquí donde el lenguaje revela una de sus facetas más poderosas, ya advertida por Spagnuolo-Lobb (2013): su dimensión relacional. Lo dicho en presencia del otro no solo dice algo del mundo interno de quien habla, sino que convoca al otro a una posición específica, crea campo compartido, configura roles, activa resonancias y abre —o cierra— posibilidades de contacto. La palabra es un acto, como ya lo señalaban Austin y Searle desde la teoría de los actos de habla. Pero es también un espacio de encuentro, de validación, de resonancia mutua.

En esta dirección, propongo pensar el lenguaje como un espacio mismo de frontera, tal vez emparentado con en el sentido expresado clásicamente por los Polster (1997). No solo como un instrumento para describir lo que ocurre en la frontera de contacto, sino como una forma específica que la frontera puede adoptar.

Tal vez, incluso, como una forma básica, anterior y organizadora de otras apariencias que puedan describirse fenomenológicamente de la frontera de contacto, que se apoyan en un sustrato lingüístico. En otras palabras, podríamos pensar que la frontera entre organismo y entorno se configura una y otra vez bañada en el líquido amniótico del lenguaje, o para utilizar el neologismo acuñado por Maturana, *lenguajeada*. Ese espacio de suspensión es nutricio, aporta los elementos para constituir la claridad, gracia y fluidez de la configuración de la experiencia. O puede tornarse sombrío y amenazante, solidificándose hasta convertirse en objeto contundente, cuando se desarrollan expe-

riencias de sufrimiento fuertemente disgregantes. Quedará por escrutar, si es que estos supuestos tienen algún valor, la manera en la que el lenguaje impregna y participa de la constitución del *self*, órgano de relación y protagonista de este escenario.

Esta idea abre algunas posibilidades para la labor clínica. Implica reconocer que el trabajo con el lenguaje es, por derecho propio, una vía legítima —y muchas veces necesaria—, para trabajar el contacto. Implica también una revalorización del silencio, la interrupción, la metáfora, la reiteración, el humor, la ironía y otras formas complejas de lenguaje que suelen emerger en la relación terapéutica, y que merecen ser leídas como material clínico significativo. En términos prácticos, esto puede traducirse en una escucha terapéutica más fina, dispuesta a explorar las capas de sentido que se despliegan en la conversación, y abierta a co-construir nuevas formas de decir y de habitar el lenguaje en el espacio compartido, con profundo respeto por los actos discursivos, sin sospechas previas respecto a su carácter falsificador de la experiencia.

Algunas conclusiones provisionales y desafíos abiertos

Al arribar a este punto del desarrollo, resulta evidente que el problema del lenguaje en la Terapia Gestalt no puede seguir siendo una nota al pie en nuestra teorización ni un recurso técnico secundario en nuestra clínica. La palabra, el discurso, la conversación, son elementos constitutivos de la experiencia humana. No se sitúan por fuera de ella, como simples medios de expresión, sino que la configuran, la estructuran y la transforman desde adentro. En tanto terapeutas gestálticos, estamos llamados a profundizar nuestra mirada sobre este fenómeno si aspiramos a

comprender con mayor precisión los modos en que se produce el contacto y se transforma la subjetividad en el espacio terapéutico.

Hemos señalado cómo, históricamente, la Terapia Gestalt ha puesto el énfasis en el cuerpo, las emociones y el aquí y ahora (y lo siguiente) como principales vectores de intervención. Esta apuesta tuvo, y sigue teniendo, un valor inmenso. Nos permitió rescatar la dimensión vivencial de la experiencia y salir de ciertas trampas intelectualizantes.

Sin embargo, este enfoque requiere una revisión que permita complementarlo y enriquecerlo. El lenguaje no es la negación de la experiencia; es parte esencial de ella. Lo dicho, lo que no se dice, lo que se repite, lo que aparece en forma de metáfora, todo eso forma parte de lo que se vive.

Por otro lado, hemos propuesto pensar el lenguaje no solo como vehículo de expresión, sino como estructura de significación, campo intersubjetivo y espacio mismo de frontera.

En este marco, hablar de lenguaje en terapia no equivale a reducir la experiencia al discurso, sino a reconocer el discurso como parte fundamental de la experiencia. Esta visión permitirá una ampliación de nuestras herramientas clínicas, al integrar técnicas de exploración del lenguaje —desde el análisis del relato hasta la intervención sobre la forma discursiva— dentro de una matriz fenomenológica y relacional coherente con nuestra tradición.

Asimismo, hemos señalado la necesidad de una mayor articulación entre la teoría gestáltica del contacto y los desarrollos contemporáneos en torno al lenguaje en otras disciplinas y enfoques psicoterapéuticos, que pueden resultar extremadamente fecundas para enriquecer nuestras conceptualizaciones y prácticas.

Desde un punto de vista clínico, esto nos convoca a adoptar una escucha más refinada

y compleja. Explorar el lenguaje en el encuentro terapéutico como sustrato fundamental del Campo. Aprender la palabra como símbolo, como gesto y como acto de presencia. Escuchar el silencio no solo como vacío, sino como espacio de sentido. A su vez, esto implica reconocer el propio lenguaje del terapeuta como herramienta de contacto, presencia encarnada, móvil de identidad y de estilo en la co-creación de la situación terapéutica.

Este desplazamiento nos plantea, sin duda, desafíos metodológicos y epistemológicos. ¿Cómo abordar el lenguaje sin caer en una lógica interpretativa cerrada, que contradiga el espíritu fenomenológico de la Gestalt? ¿Cómo incluir el análisis del discurso sin perder el contacto con la vivencia? ¿Cómo trabajar con el lenguaje desde una lógica de proceso, más que de contenido? Estas preguntas no tienen, en mi opinión, aún respuestas definitivas. Pero es precisamente ahí donde reside su potencia: en abrir caminos, en señalar zonas de indeterminación donde puede crecer el pensamiento clínico. Se trata, en síntesis, de mantener viva la dimensión investigativa de nuestra práctica, de no clausurar el sentido de los conceptos, sino de explorarlos como procesos en curso.

Además, quisiera subrayar que esta reflexión no busca desplazar lo corporal ni lo emocional del centro de nuestra clínica. Al contrario: propone integrar el lenguaje como una dimensión asimismo encarnada, igualmente emocional, asimismo situada en el aquí y ahora del contacto. No se trata de oponer lenguaje y cuerpo, palabra y emoción, sino de reconocer su entrelazamiento, su copertenencia en la vivencia concreta. La Terapia Gestalt tiene, en su raíz, una vocación integradora. Nos toca ahora ensayar un paso más en esa dirección, incluyendo el lenguaje en su complejidad como parte de la

trama que configura la experiencia humana, para seguir ofreciendo una práctica viva, ética y transformadora.

A modo de cierre, propongo algunas líneas posibles para una futura agenda de investigación y desarrollo conceptual que profundice la integración del lenguaje en el enfoque gestáltico:

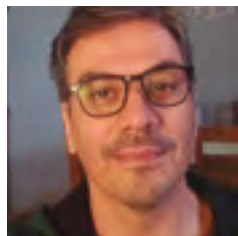
- Desarrollar una teoría gestáltica del lenguaje, que articule los conceptos de frontera de contacto, figura-fondo, ajuste creativo y campo, con una comprensión situada del lenguaje como experiencia emergente y relacional.
- Incentivar la exploración fenomenológica del habla en terapia, incluyendo variables como el tono, el ritmo, las pausas, las repeticiones, los silencios, las metáforas y los giros discursivos que configuran el campo terapéutico.
- Realizar estudios de caso sobre intervenciones lingüísticas, que analicen cómo determinadas intervenciones del terapeuta —por ejemplo, cambiar el modo verbal, pasar de la tercera a la primera persona, introducir una metáfora, reformular una narrativa— pueden facilitar movimientos en el campo y aperturas de contacto.
- Activar diálogos interdisciplinarios con la Filosofía del Lenguaje, la Psicología Narrativa, la Teoría de los Actos de Habla, la Lingüística Cognitiva, entre otros campos, así como también otras escuelas psicoterapéuticas que hayan realizado desarrollos en la temática, para enriquecer nuestra comprensión del lenguaje como proceso.
- Incluir en nuestros programas de formación clínica entrenamientos específicos en la escucha del lenguaje y en la intervención lingüística desde una lógica gestáltica, sin reducirse a un aprendizaje técnico, sino integrando la dimensión ética, relacional y fenomenológica.

En definitiva, se trata de ampliar nuestro mapa conceptual y clínico, sin perder el espíritu radicalmente fenomenológico y humanista que da vida a nuestra práctica. Integrar el lenguaje es, en última instancia, un gesto de fidelidad al ser humano en su complejidad, en su historicidad, en su capacidad infinita de crear sentido y de encontrar, en la palabra compartida, nuevos modos de estar en el mundo.

Bibliografía

- GUIDANO, V. (1994). *El sí mismo en proceso: Hacia una terapia cognitiva posracionalista*. Buenos Aires: Paidós.
- PERLS, F. (1975). *Yo, hambre y agresión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PERLS, F. (1999). *El enfoque gestáltico* (11.ª ed.). Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

- PERLS, F. S., Hefferline, R., & Goodman, P. (2002). *Terapia Gestalt: Excitación y crecimiento de la personalidad humana*. Madrid: Asociación Cultural Los Libros del CTP.
- POLSTER, E., & POLSTER, M. (1997). *Terapia gestáltica: Perfiles de teoría y práctica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ROBINE, J. M. (2006). *Manifestarse gracias al otro*. Madrid: Asociación Cultural Los Libros del CTP.
- SPAGNUOLO LOBB, M. (2013). *El ahora para lo siguiente en psicoterapia*. Madrid: Asociación Cultural Los Libros del CTP.
- WHEELER, G. (2005). *Vergüenza y soledad: El legado del individualismo*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- WHITE, M., & EPSTON, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- YONTEF, G. (2009). *Proceso y diálogo en psicoterapia gestáltica* (6.ª ed.). Santiago de Chile: Cuatro Vientos.



**Diego G.
Brandolín**

Psicólogo, Profesor y Doctor en Psicología por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina). Profesor Titular de la Cátedra de Psicoterapias. Director del Centro de Estudios Psicoterapias, Interdisciplina y Comunidad. Coordinador Académico en la Diplomatura de Estudios Avanzados en Terapia Gestalt, radicada en la Secretaría de Estudios de Posgrado. Director e integrante de diversos proyectos de investigación académicos.